

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Por Pedro Pablo Paredes

Pedro Pablo Paredes, es un querido amigo venezolano, conocido poeta que se inspira y recita sus versos en el Estado Tachira de aquella República hermana. Esta vez ha escrito un libro en prosa que lo ha titulado «Leyendas del Quijote». De él entresaco tres capítulos que hablan claro de su emoción, desde el otro lado del mar, por nuestro Hidalgo Manchego. Yo que tuve la suerte de oír sus versos sobre el cauce del río Torbes —o Tormes— en la ciudad de San Cristóbal de Venezuela, sé cuanto siente su corazón por nuestra tierra. Los manchegos, agradeciéndoselo, debemos conocerlo.

R. J. M. y C.

LA RUTA DE DON QUIJOTE

Hacemos fervorosamente, idealmente, la ruta de Don Quijote. ¿Hay un viaje —viaje espiritual— más sugestivo, más poético, un viaje que nos toque más de cerca el corazón que éste? Recorrer, uno por uno, los pueblos que vieron pasar al caballero andante de la Mancha es, ni más ni menos, que toparnos con Don Quijote en carne y hueso —más hueso que carne, desde luego— vivo. Es, también, tropezarnos con las gentes que, cerca de él, rodeándolo, hicieron posibles todas sus aventuras.

¿Y con qué avío espíritu, digamos con qué libro, nos marchamos hacia los caminos, hacia los pueblos, hacia las gentes que pretendemos ver cara a cara? ¿Nos llevaremos, justo el entrañable libro de Cervantes? Puede ser y puede no ser al mismo tiempo. Lo podemos llevar en la faltriquera —¿cuándo andamos sin él?— por sí o por no. Más, llevaremos, en primerísimo término, otro libro más moderno —tan fino como aquél—, más de nuestros propios días —tan apasionante como el otro—. Un libro, en fin, inspirado por las danzas del ilustre, nunca alabado como se debe hidalgo. Nos llevaremos —es indispensable— «La Ruta de Don Quijote» de Azorín.

Cuando Azorín habla de los pueblos, que a él, como a nosotros, le gustan tanto, habla de los pueblos de la Mancha. Y ocurre que los pueblos de la Mancha son los pueblos de Don Quijote. Nos vamos, pues, libro en mano, por la ruta del caballero adelante. En primer lugarejo a que llegamos no puede ser más interesante. Es Argamasilla de Alba. «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...». ¿Por qué eludió Cervantes, al comienzo de su libro, el nombre de Argamasilla, este poblacho tan granto aunque tan polvoriento, tan entrañable aunque tan desolado? «Pueblo ilustre» nos lo llama, sin dársele nada, Azorín Nada más justo. Aquí anduvo y desanduvo, quién sabe entre qué hondas aprensiones, Cervantes; aquí vivió terribles experiencias; aquí, entre otras cosas, estuvo cumpliendo prisión. Los vecinos, tan cordiales todos, tienen tan presente al escritor que casi les consta todo esto. La Pacheca, por ejemplo, Dón Cándido, Don Rafael, La Xantipa,

el mismo Martín —que nos recuerda tanto a Sancho— no nos dejarán mentir. Todos ellos, que van y vienen, todos los días, Argamasilla arriba, Argamasilla abajo, lo saben. Oyéndolos, nos trasladamos, idealmente, a las ventas en que posó el caballero. Las caras son las mismas; las almas de todas estas gentes son las mismas que vio, que trató Don Quijote.

Pasamos por la casa que sirvió de prisión a Cervantes, sin poder evitar la emoción, y dejamos a Argamasilla. Nos dirigimos a Puerto Lapiche. «Las casas blancas del lugar aparecen de pronto», dice Azorín, que nos guía. Aquí estuvo la primera venta en que estuvo Don Quijote; entramos en ella, sobrecojidos; el bueno de Don José Antonio, nativo, está seguro: nos muestra el sitio exacto en que, según él, fue la vela de armas. ¿No es extraordinario? Nosotros seguimos el camino. Vamos hacia Ruidera; queremos conocer la Cueva de Montesinos. Antes de llegar hasta ella, otro sitio memorable: el de los batanes. Lo pasaremos, por respeto a Don Quijote, en silencio: éste es el único sitio en que él «dio muestras de estar corrido». Nos allegamos, pues, a la Cueva de Montesinos. Se abre, fosca, impenetrable. Aquí nos dice nuestro guía, realizó Don Quijote «la más alta de sus hazañas». Y la más dolorosa: aquí comprobó el encantamiento de su señora Dulcinea. Echamos hacia Criptana; los molinos de viento «andan y andan». ¿Son molinos, como creía Sancho, son gigantes, como porfiaba el caballero? Aquí, a diferencia de los «académicos» de Argamasilla —que sostienen que allí nació Don Quijote— los hombres de Criptana, más humildes, se sienten, todos, Sanchos. ¿No es admirable?, pasamos a El Toboso. Una sorpresa formidable: los caballeros de la ciudad son miguelistas. Es decir, lo sienten tan cerca, que llaman, sin más ni más, Miguel a Cervantes. ¿Y la casa de Dulcinea? En ella vive Doña Aldonza Zarco de Morales. Nos basta. La ruta la culminaremos en «la capital» de La Mancha: Alcázar de San Juan. El viaje ha sido insólito. Hemos verificado, sobre el terreno, gracias al guía los pasos del Caballero de la Triste Figura.

DON QUIJOTE EN AMERICA

Sabemos que el bueno de Don Miguel de Cervantes pretendió un destino para América; tenía, claro está, credenciales suficientes —al menos como soldado para afianzar tan señalada aspiración; puso muchas esperanzas en la gestión correspondiente. Pero ésta, cuando no le fue denegada, le fue rechazada de plano. A él, dijo el rey, se le daría algo pero, eso sí, en España. En América, ni pensarlo. Menos mal, sin duda. De aquella negativa, al momento tan injusta, pudo surgir, en la mente del escritor, la concepción de Don Quijote. No vino el padre —«padrastró», se decía el mismo, si recordamos el prólogo de nuestro caballero a América. Pero, por obra y gracia, esta última a raudales, de un caballero nuestro, auténtico hidalgo, Don Tulio Febres Cordero, nuestro caballero de la Mancha sí pudo venir al nuevo mundo. En el nuevo mundo, es decir, en América, realizó hazañas aventuras como las llamaba él, de no menor momento que las que había llevado a cabo por los polvorientos caminos de su patria primera. Lo hemos seguido, paso a paso, punto por punto —de la mano de Azorín— por el mundo manchego. Es bueno, ahora, que intentemos la misma experiencia por nuestra tierra. No menos polvoriento, no menos apasionante, no menos contradictoria, no menos ilustre, que la otra.

Nuestro hidalgo merideño, tan semejante al de la Mancha en tantas cosas, luego de sus investigaciones, nos conduce de la mano por la nueva ruta de Don Quijote. Recordemos que el caballero de Dulcinea, según su propio historiador, murió asistido de ama, sobrina, cura, barbero, bachiller y notario. Murió, dice su segundo, puntualísimo historiador, al parecer. El caso es que, en vez de eterrarlo sin más demoras, sus dolorosos amigos determinaron velarlo la noche de la aparente muerte en el cementerio. Quienes fueron comisionados para la terrible vela, por miedo, la descuidaron. Y cuando se percataron, el caballero había desaparecido. De orden de Merlín, fue llevado, con Sancho Panza y todo, a la Cueva de Montesinos. Por su cavernosa boca fueron, ambos, descolgados. En el fondo quedaron caballero y escudero. ¿Cuántos siglos? Cuando Don Quijote despierta, que no estaba muerto sino aletargado, se halla en plena era del progreso. Se levanta; alerta a Sancho.

Da gritos; lo escucha un pastor cabrerizo; éste lo auxilia; lo viste a lo turista. El caballero, incansable, echa a andar —tal vez con la intención de realizar las ilusiones de Cervantes de pasar a América— hacia Barcelona. Allí embarca. No se llamará más Don Quijote de la Mancha; se llamará ahora, a tono con la época, el Doctor Quix. Hablará a la moderna, dejando un poco al lado, por anticuada, la lengua propia. Olvidará a Rocinante; lo reemplazará, él tan flaco y estirado, tan huesudo y tan alto, por una bicicleta. En una bicicleta recorrerá el Nuevo Mundo, difundiendo el progreso por rodas partes. Lo precederá la fama que le ha dado su invento supremo: el heliógrafo.

El Doctor Quix, ahora, deja pasmado a Sancho Panza con sus conferencias y con sus inventos. Deja turulatos, de la misma manera, a los habitantes del Sanisidro y los de Mapiche con sus maneras de hablar y de comportarse. Más que caballero, a los unos y a los otros se les hace mago, brujo, encantador. El Caballero del Progreso les habla de todo; les inventa de todo. Desde el Flamígero hasta un método práctico, que no deja lugar para dudas, que permite electrizar fieras. A influencia del Doctor Quix, tanto Sanisidro como Mapiche saltan, como por arte de magia, del más provoroso subdesarrollo al más impresionante —impresionante, entre otras cosas, por lo cursiadelanto.

Sanisidro se nos hace, guardadas, las proporciones, como otro Argamasilla de Alba; Mapiche, como otra Criptana. Allí, concluye la nueva ruta de Don Quijote de la Mancha, mejor dicho del Doctor Quix y de su ilustre escudero. Es cuando, ante nuestro asombro, suben a un globo: las investigaciones del Caballero del Progreso lo llevan a anticiparse a los viajes interespaciales. «Vamos a tomar la temperatura del sol». Desaparecen en el aire, ahora sí, definitivamente, amo y criado. ¿Verdad que es extraordinario?

NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Arrastrados por las palabras —«aladas palabras», gustaba decir Homero— de Don Miguel de Cervantes, nos hemos ido, cuántas veces, detrás de Don Quijote de la Mancha. Hemos hecho, con igual fervor, más de una vez, la ruta de Don Quijote que, con no menos aladas palabras, nos ha delineado Asorín. Con uno y otro escritor, el novelista insigne, el insigne cronista, hemos conocido pueblos. Los pueblos, no lo olvidemos en ningún momento, son los pueblos manchegos. Argamasilla de Alba, de cuyo nombre no quería acordarse Cervantes, y Criptina, donde baten sus aspas perdurablemente, en recuerdo del caballero famoso, los molinos; El Toboso, patria y asiento natural de Dulcinea, «bella sobre las bellas bella», y Puerto Lápiche, donde Don Quijote, constricto, recibió sus armas de manos del pícaro del ventero —que nuestro hidalgo creyó castellano— y de aquellas asendereadas «mozas del partido» que el ilustre enamorado tomó por doncellas, «cosa tan fuera de su profesión y oficio»; y Alcázar de San Juan, que es, como quien dice, el corazón de toda la Mancha.

También hemos hecho la otra ruta de Don Quijote: la ruta del Doctor Quix, el Caballero del Progreso. La que, con no menos eficacia espiritual, con no menor gracia que el hijo de Alcalá de Henares, con no menor hondura que el prosista de Monóvar, nos ha descrito Don Tulio Febres Cordero. Dos sitios evocadores, dos lugares capitales, tiene la ruta americana —que soñaba recorrer Cervantes, con hondo fervor— de Don Quijote: Sanisidro y Mapiche. Los hemos mirado y remirado en cada uno de sus pormenores. Los hemos observado, como si dijéramos, por dentro y por fuera. En Mapiche hemos visto, aterrados y melancólicos, la ascensión al cielo de amo y criado en globo. Todo sea por el progreso.

Pues bien. Cuando andábamos, de la mano de Azorín, por los pueblos manchegos; cuando hemos andados por nuestra tierra —Sanisidro, Mapiche, etc.— de la mano de Don Tulio Febres Cordero, no hemos podido olvidarnos del poeta cantor de «Nuestro Señor Don Quijote de la Mancha». (Poeta y poeta genial de verdad, fue Don Miguel de Cervantes Saavedra, que murió con la tristeza de no haber podido conocer a América.

Poeta, y grande también, fue Don Tulio Febres Cordero, que no tuvo oportunidad de conocer, por vista de ojos, los caminos de la Mancha). Por una y otra ruta, pues, La Mancha, América, nos hemos ido diciendo en silencio, como quien ora, el entrañable poema:

«¿Qué súbita llamada de aventura
te armó, señor, poeta y caballero?
Ya sin coraza fiel ni limpio acero
puedes cruzar la ilímite llanura».

Por la llanura, la dilatada, soleada, polvorienta llanura de la Mancha hemos endareguado. Viendo, aquí y allá, azularse las lontananzas que aguzaban, hasta la locura, la sensibilidad de Don Quijote. Viendo, como él, gigantes en vez de molinos bajo el sol implacable.

«Tal en la luz su desoladora altura
ciñe a la noche el pálido lucero
puebla de caridades tu sendero
la encendida razón de la locura».

Un lucero, sí, supremo, refulgente, único, alumbró los pasos del caballero. ¿La fidelidad a Dulcinea del Toboso, «la más hermosa mujer del mundo»? ¿La voluntad de justicia? El caballero va, dondequiera que va, tocado del ideal. Como el poeta que lo canta: Cervantes, Febres Cordero; como el poeta que, ahora, lo exalta a cumbres líricas: Dionisio Aymará.

«Apenas hoy, desnuda, en la memoria
yace tu sombra. Apenas la ilusoria
brisa del tiempo fustigó tu ceño.
Sólo tu brazo, ciego, en el vacío,
vela, en su alucinado poderío,
por la transida plenitud del sueño».